

inutilidad de sus esfuerzos; no era posible renovar la guerra: nada más elocuente que las sentidas comunicaciones dirigidas á don Carlos pintándole la desesperada situación de la causa carlista en el Centro y Cataluña, cansados y esquilma-dos los pueblos, diciéndose en algunas, con mucha razón, que la mayor parte de los jefes carlistas mas habían hecho la guerra al país que al enemigo.

Grandes elementos había reunido el carlismo en el antiguo Principado catalán, muy superiores á los de la guerra de los siete años; pero ahora, como entonces, adolecieron los catalanes de ese espíritu de independiente insubordinación que esterilizaba su gran valor, sus excelentes cualidades militares, su entusiasmo, sus sacrificios y hasta la propia sangre que derramaban, y de la que tan pródigos se mostraban. No carecía el carlismo de partidarios entusiastas, sí de dirección acertada. No tenía tampoco razón de ser la causa carlista; de aquí los medios que se pusieron en juego para alucinar á aquellos valientes é indómitos catalanes, cuya altiva independencia se doblegaba á una seducción fementida, prestándose á ser serviles instrumentos de las tendencias más opuestas á su carácter y á sus sentimientos. Se explotaba su ignorancia.

CAPITULO V

Operaciones militares en el Norte hasta la conclusión de la guerra.

Personificada la restauración en don Antonio Cánovas del Castillo, á quien don Alfonso tenía confiados sus poderes, nombró aquel un ministerio-regencia por él presidido y compuesto de los señores Castro, Cárdenas, Jovellar, Salaverria, Romero Robledo, Ayala y marqueses de Molins y de Orovio; confirmó este gobierno el joven monarca y ratificó las opiniones consignadas en su manifiesto, afirmando su lealtad para cumplirlas, y sus «vivísimos deseos de que el solemne acto de mi entrada en mi querida patria sea prenda de paz, de unión y de olvido de las pasadas discordias, y como consecuencia de todo ello, la inauguración de una era de verdadera libertad, en que aunando nuestros esfuerzos y la protección del cielo, podamos alcanzar para España nuevos días de prosperidad y grandeza.» Regresó don Alfonso á Madrid por Barcelona y Valencia: fué ostentosa su entrada en la corte; solemnizó su elevación al trono con un acto de clemencia en favor de sentenciados por delitos comunes, é impaciente por tomar parte en las operaciones militares, corrió á ponerse á la cabeza del ejército del Norte.

Aunque en el ministerio-regencia había personas que tanta y tan activa parte habían tomado en la revolución de setiembre, no correspondieron sus actos con sus antecedentes, y obraron como encarnizados enemigos de la revolución, de todos sus actos y aun de las personas.

Nuevamente organizado el ejército del Norte, en él fijóse la atención pública.

Codiada por los carlistas la ciudad de Pamplona, sufría ya largo asedio, en el que consumieron todos los recursos, aunque de 22,000 almas habían quedado reducidas á poco más de 16,000; se agotó la carne hasta para los enfermos; aumentándose las necesidades y no viéndose el fin de ellas, se mandó salir de la ciudad á todos los que no tuvieran medios conocidos de subsistencia; y la ley de la necesidad que fuerza á las cosas más involuntarias, obligó á la autoridad á mandar que evacuaran la plaza, en perentorio término, todos los que recibían socorro de la Casa de Misericordia, que eran muchos cientos de personas, ciegos, cojos y pobres de solemnidad. Aun era todo esto insuficiente, y necesitándose apelar á medidas extremas, se pensó en expulsar de la ciudad á casi todo el vecindario: cuando iba á ordenarse esta determinación se levantó el sitio.

Acababa de comenzar el duque de la Torre las operaciones que habían de llevar el ejército á Pamplona, cuando las suspendió la restauración de la monarquía. Empeorando la situación de la capital de Navarra, se determinó salvarla, aumentándose considerablemente el ejército del Norte, el más numeroso que España había puesto en campaña, lo cual probaba los elementos que allegó el gobierno provisional, con

los que confiaba terminar la guerra. Deseando el Rey mandarlo, revistó en los llanos de Peralta 40,000 hombres de todas armas; dirigió palabras de paz á los vascos y navarros, y de aliento y esperanza á las tropas; al día siguiente, 24 de enero, se reunió bajo la presidencia de S. M. consejo de generales, explicando el jefe de E. M. señor Ruiz Dana sobre el mapa, el plan acordado anteriormente en Castejón; se rectificaron algunos detalles, redactó el mismo Dana las instrucciones que se habían de observar para las operaciones contra las líneas carlistas del Carrascal, y se emprendieron en seguida marchando Moriones desde Tafalla á San Martín de Unx, para envolver la izquierda carlista, ocupando el 1.º de febrero los montes de Avinzano é Izco, cuyas trincheras abandonaron los carlistas al ver los movimientos envolventes de sus enemigos. Pero no era aquí donde prevenían las instrucciones se quedara Moriones, sino que avanzara «hasta coronar la posición y alturas del valle de Unciti, hasta el río Irati.»

El segundo cuerpo, que mandaba Primo de Rivera, cumplió con exactitud cuanto se le previno: tomó por sorpresa la ermita de San Cristóbal; las posiciones del monte Esquinza fueron conquistadas sin resistencia por abandonarlas sus defensores; se ocupó sin dificultad Oteiza y los pueblos de Lorca y Lácar sin más que un ligero combate de tiradores y algún disparo de cañón. El tercer cuerpo, que guiaba Despujols, siguiendo las instrucciones, atacó las posiciones de Anorbe y Tirapu, que eran su objetivo; pero no pudiendo adelantar más su artillería montada, la retiró á Artajona, y con la de montaña y la infantería se sostuvo en sus posiciones, llamando sobre sí la atención de los carlistas, retirándose al oscurecer á Artajona, no pudiendo cumplir las instrucciones por las muchas fuerzas enemigas que cayeron sobre esta división, la más débil del ejército.

El primer cuerpo debía seguir el 2 la marcha en dirección de Astrain que era su objetivo, pues á este movimiento estaban subordinados los de los demás cuerpos; pero en vez de hacerlo así marchó desde Noain á Pamplona, cuya marcha no estaba indicada ni era necesaria, pues para ir á Astrain, se formaba desde Noain un triángulo, cuyo vértice era Pamplona, y siguiendo de Noain á Astrain se trazaba una recta de mucho menos de la mitad de distancia. La no ocupación de Astrain en aquel día tuvo terribles consecuencias. Por de pronto se dejó á los carlistas expedito el paso del Arga por los puentes allí próximos, y esto les permitió salvar su artillería, salvación que consideraron como milagrosa.

No sabiéndose nada, en la madrugada del 3, del primer cuerpo, se paralizó el movimiento de avance. Moriones ocupó en este día Astrain, sabedor del abandono de las líneas del Perdon por los carlistas; mas ni tampoco se cumplieron entonces las instrucciones que marcaban que por el Perdon se pusiera el primer cuerpo en comunicación con el tercero, aun cuando el enemigo se hubiera retirado. Retrasáronse ó se esterilizaron las operaciones de los demás cuerpos, y el Rey efectuó desde Oteiza una exploración á su frente: los cañones carlistas de Arandigoyen le advirtieron lo temerario de seguir adelante; se presentó en monte Esquinza, alojándose en la ermita de San Cristóbal, donde pernoctó en la noche del 2 y se vio tiroteado en la madrugada siguiente por los carlistas, que causaron algunas bajas de los que al lado de don Alfonso estaban.

En cuanto Mendiri supo que los liberales eran dueños de Esquinza, vió destruidos todos sus planes, insostenible su posición en Puente y valle de Ilzarbi; corrió á exponer á don Carlos lo que consideraba más oportuno, se dispuso la retirada de todas las fuerzas sobre Cirauqui, lo cual no solo disgustó sino que indignó á los carlistas, arrojando muchos el fusil para marcharse á su casa; se suponían traiciones, se llevó el pánico á Estella, cortadas las comunicaciones con la corte de don Carlos y el cuartel general, el pavor embargaba todos los ánimos, y escribía un jefe carlista: «Si los generales Despujols y Primo de Rivera nos atacan en Cirauqui, cuando los navarros decían que habíamos sido vendidos, concluye la guerra.»

Acordes don Carlos y Mendiri en hacer un supremo esfuerzo, se ordenó un rudo ataque á Lácar, efectuado con tan

FACSIMILE DEL ACTA DE LA CONFERENCIA EN LA CUAL RECONOCIÓ EL GENERAL CARLISTA CABRERA A DON ALFONSO XII COMO REY DE ESPAÑA

La celebridad adquirida en la primera guerra carlista por el general D. Ramon Cabrera, así como la trascendencia que su reconocimiento al rey D. Alfonso XII tuvo para la más pronta terminación de la segunda, nos han movido á publicar el facsimile del expresado documento, cuyo original conserva en su poder el Sr. D. Antonio Pirala, quien ha tenido la condescendencia, que le agradecemos en extremo, de facilitarnos su reproducción.

Habiendo publicado en otra lámina el facsimile de las dos principales páginas del Convenio de Vergara que sirvió de remate á la primera de las citadas guerras, creemos que no holgará en la presente obra la copia de la referida acta, preludio de la conclusión de la segunda, con lo cual habremos logrado reunir en nuestra edición de la *Historia de España* la copia fiel de dos importantísimos documentos históricos relacionados con nuestras discordias civiles del presente siglo y en los cuales aparecen estampadas las firmas de los dos caudillos que más notoriedad é influjo alcanzaron en sus respectivos y opuestos partidos.

El día once de marzo de mil ochocientos
setenta y cinco, á las seis de la tarde, se reunieron
en el cuarto n.º 38 del Hotel Mirabeau, situado
en París Rue de la Paix n.º 8, ocupado por el
Excmo Sr. General D. Ramon Cabrera, los
Excmos Sres Duque de Santona Marques de
Manzanedo, y D. Rafael Merry del Val,
Comisionados por el Gobierno de España, para
negociar, con dicho General Cabrera, las bases de
una fusion política del partido Carlista y
de los demas partidos monarquicos, bajo el reinado
de S. M. Alfonso XII, y los Sres. Excmo Sr. D.
Francisco Pareja de Marcon, D. Jose Indalicio Caro,
D. Julio Lombela D. Rafael Hornos y
Cabrera y D. Juan de Dios Toñán y Cabrera
amigos y auxiliares de los tres primeros, señores
del cuarto, y Secretario el quinto del General,
que tambien se hallaba presente:

El Excmo Sr. Merry leyó la comunica-
cion que, con el Excmo Sr. Duque de Santona,
dirigian, en nombre del Gobierno de S. M. a España
Sr. Capitan General D. Ramon Cabrera, con-
sistiendo las bases de una fusion generosa y
política, proyectada por dicho Gobierno y
d. unificacion del General, en beneficio de la Na-
cion y del partido Carlista

El Excmo Sr. D. Francisco Pareja de Marcon
leyó la respuesta a dicha comunicacion, formulada
por el Excmo Sr. General Cabrera y acto continuo, con

la unificacion propia de quien lleva a cabo un hecho
trascendental, de quemar a la Patria todo lo que tiene,
fue el ilustre General en respuesta, que es un
explicito reconocimiento de D. Alfonso XII como Rey de
España.

En abrigo del General con los representantes del
Gobierno, sancionó la fusion anhelada, y desparto en
las circunstancias, la dulce esperanza de que aquel
abrigo, repetido muy tarde por todos los españoles,
realizara la fraternidad salvadora de la Patria.

Los representantes del Gobierno de S. M. y las
personas allegadas al General, fueron los primeros,
en dar el ejemplo. El acto solemnemente y trascendental
para bien del País y gloria de los que a él han
contribuido, termino haciendo todos los circunstancias
feroces y votos por la felicidad de la Nacion.

Y para que en todo tiempo conste y sirva de
gratificación ^{y honor a} recordo a los suscritos, levanta esta acta
de la que cada uno conservara copia, y la firman
en París a 11 de Marzo de 1875.

Duque de Santona Ramon Cabrera
Marques de Manzanedo

Rafael Hornos

Rafael Merry del Val

Franco Pareja
de Marcon

Julio Lombela

Juan de Dios de Toñán

J. J. Corso